

EN TORNO A LA LINGÜÍSTICA TEXTUAL

0. El siglo veinte — el siglo de la lingüística como ciencia — ofrece tal proliferación de escuelas y de autores, que se hace difícil buscar una taxonomía siquiera tentativa que permita vislumbrar los senderos por donde han transitado y vienen discurriendo los estudios del lenguaje.

Con todo, parece haber un cierto consenso al señalar que el estructuralismo, el generativismo y la lingüística textual conforman una tríada importante donde puede aglutinarse buena parte de la producción de los lingüistas de la presente centuria. Es obvio apenas que la triple consideración ofrece a la vez mucho y demasiado poco. Mucho, porque alrededor de las tres perspectivas coexisten bifurcaciones de diversa índole, como pueden ser las diferentes escuelas dentro del marco de la concepción estructuralista, los grandes aportes de la lingüística soviética o la escisión de la semántica generativa frente al modelo chomskyano; poco, porque al proceder arbitrariamente — como todo intento de clasificación — al señalar las tres vertientes aludidas, podría pensarse que fuera de ellas no hay nada más de importancia en el ámbito lingüístico.

¿Qué hacer, por ejemplo, con señaladas concepciones sobre el lenguaje como la neolingüística, la lingüística psicológica o la escuela de Londres (sobre la cual se vacila en incorporarla como variante estructuralista), o con recias personalidades como las de Roman Jakobson y Eugenio Coseriu quienes se resisten a ubicarse dentro de una fría y escueta denominación?: no son estructuralistas y, sin embargo, contribuyeron — y de qué manera — para la fijación de sus principios básicos; tampoco generativistas, aunque el primero de ellos colocó bases precisas sobre las cuales se asentó buena parte del andamiaje transformacionalista. No pueden, finalmente, considerarse representantes del advenimiento de la textolingüística, a pesar de que el maestro de Rumania ha reclamado en más de una ocasión la paternidad del término. Y, sin embargo, sus magisterios iluminantes continúan incólumes.

Ahora bien, al ubicar la lingüística textual como una prolongación — en ciertos casos — de la semántica generativa y al considerarla como una de las tres corrientes más importantes en lo que va corrido del presente siglo, los siguientes apartados pretenden esbozar a grandes rasgos su génesis y evolución.

1. La lingüística del texto — nacida como un enfoque nuevo del lenguaje — tiene su meca en las dos Alemanias. Su origen puede situarse tentativamente en 1970 al surgir el grupo de Constanza, como culminación de un congreso desarrollado allí. En dicho evento participaron los que se consideran como precursores de la lingüística del texto, es decir, Teun van Dijk, Hannes Rieser, Janos Petöfi, Jens Ihwe y Werner

Kummer, quienes venían trabajando de tiempo atrás sobre tres puntos cruciales de la nueva disciplina: el análisis del discurso, la pragmática y la teoría de la acción.

La naciente tendencia se consolidó definitivamente al conformarse el grupo de la Universidad de Bielefeld al cual pertenecen —entre otros— Harald Weinrich, Siegfried Schmidt, Wolfgang Dressler y Werner Kallmeyer.

La década del setenta, en consecuencia, fue el decenio en que se trabajó arduamente en algunos países europeos para la fijación y desarrollo de los principales postulados de la textolingüística. La nueva corriente se expandió rápidamente. Proliferaron los congresos e infinidad de trabajos sobre los múltiples campos que ella abarca. Libros, antologías y artículos en revistas especializadas aparecieron ininterrumpidamente en Alemania, Holanda, Hungría, Francia, Rusia, Italia, España e Inglaterra, hasta tal punto que una bibliografía completa sobre el tema coparía todo un libro¹.

2. Es claro, por otra parte, que la textolingüística, si bien se asienta definitivamente en los años setentas, sus orígenes se remontan varios años atrás, merced a ciertos esfuerzos aislados en diversas partes de América y Europa². Así, por ejemplo, Zellig Harris y Kenneth Pike en los Estados Unidos —el uno con su visión estructuralista del lenguaje y el otro desde la perspectiva de la tagmémica— habían insistido en la imperiosa necesidad de analizar el discurso en su totalidad (Harris) y observar no sólo la oración sino el acto comunicativo con todos sus efectos (Pike). La lingüística transformacional, a partir especialmente de la semántica generativa, había trabajado en algunos temas —de amplio arraigo posterior— como la pronominalización, la presuposición y la dualidad anáfora-catáfora.

Desde Inglaterra, gracias al magisterio ejercido por Firth, sus seguidores —G. Leech, M. A. K. Halliday y algo más tarde R. Hassan— comenzaron a estudiar la validez de las estructuras discursivas; el estructuralismo checo, inspirado en las directrices de la escuela de Praga —en su variante literaria—, realizó avances notables en el análisis semántico del texto. Aspectos de tanta incidencia como la dicotomía tema-remata o la coherencia y cohesión textuales, fueron trajinados mucho antes de la aparición de la nueva corriente.

En Francia, por otra parte, el antropólogo Levi-Strauss dejó bases suficientes para el ulterior desarrollo de una teoría estructural del texto,

¹ Puede consultarse la bibliografía de DRESSLER y SCHMIDT, *Textlinguistik. Kommentierte Bibliographie*, W. Fink, Munich, 1973.

² Véanse las consideraciones que al respecto señala VAN DIJK en su libro *Estructuras y funciones del discurso*, México, Siglo XXI, 1980, págs. 9-17.

cimentada luego por los trabajos de S. Todorov, R. Barthes y A. Greimas especialmente, quienes lograron señalar el texto como elemento indispensable de análisis.

En la misma Alemania, y desde 1964, Peter Hartmann había realizado valiosas investigaciones para la descripción de las estructuras del discurso; Manfred Bierwisch había intentado la aplicación de algunas ideas generativas al estudio de los textos literarios y fue el primero en acuñar los términos macro y microestructura textuales (buena parte del análisis textual del holandés van Dijk se basa en la doble partición).

La lingüística rusa, finalmente, ha trabajado cuestiones sobre el texto desde la década del cincuenta. Los trabajos de los soviéticos han venido utilizando términos que pueden traducirse como sinónimos de texto. Tales, por ejemplo, como *vyskazyvanie* que correspondería a "enunciado" y *složnoe sintaksičeskoe celoe* que significaría "conjunto sintáctico complejo"³.

Además, la tendencia soviética ha desarrollado una novedosa e interesante teoría de la acción (base esencial, como se sabe, de la pragmática). La propuesta —que lleva el nombre de "teoría de la actividad verbal"— fue actualizada por A. A. Leont'ev con base en las directrices de L. S. Vigotsky⁴.

Es muy conocido en Rusia, de otra parte, el modelo textual de Jurig S. Martem'janov que parte de las ideas de la lingüística generativa y llega a establecer "tres niveles o lenguajes" según la mayor o menor proximidad al lenguaje natural: lenguaje ("nivel") *relacional*, lenguaje de *valencias* y lenguaje *discursivo*"⁵.

Fuera de lo anterior, la bibliografía textual soviética es densa y amplia, como lo comprueban los trabajos de los ya citados Leont'ev y Martem'janov, así como los de L. I. Ajdarova, V. M. Protopopov, J. D. Apresjan, V. V. Bogdanov, S. I. Gindin y V. Ivanov.

3. Ahora bien, los tres modelos del lenguaje ofrecidos por las diferentes perspectivas lingüísticas aludidas con anterioridad, centraron su análisis exclusivamente en la oración. Las gramáticas frásticas, consecuentemente, nunca rebasaron el nivel oracional, a pesar de voces aisladas que clamaron por un nivel de análisis más amplio.

La textolingüística, entonces, propone el texto como unidad. Y a pesar de las arduas disquisiciones para su definición, se acepta en la actualidad que un texto, si se cumplen ciertas condiciones, ha de ser resultado de la actividad lingüística del hombre, ha de tener incuestio-

³ Citado por E. BERNÁRDEZ, *Introducción a la lingüística del texto*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, pág. 43.

⁴ *Ibidem*, pág. 44.

⁵ *Ibidem*, pág. 205.

nablemente una específica intención comunicativa y, por último, ha de explicitarse con suficiencia el contexto en el cual se produce.

De esos tres aspectos, es apenas obvio, surgen, a manera de meta-teorías, marcos teóricos y conceptuales que han de presuponerse para una cabal comprensión del fenómeno del texto. Es así, entonces, como ha de darse su modelo de comunicación en el que el texto opere; una explícita teoría de la acción que explique el acto de habla como la clase específica de acción que se produce al proferir una expresión y una adecuada disciplina que enmarque el entorno en el cual se dio el acto de habla.

De lo anterior se deduce que el texto ha de trabajarse interdisciplinariamente. La sociolingüística, la pragmática, la lógica de predicados, la filosofía y la psicología cognoscitiva, han venido a constituirse en elementos valiosísimos sin los cuales llegaría a ser difícil la comprensión de la producción y recepción de los textos.

4. El postular el texto como unidad mayor de análisis trajo como consecuencia un cambio radical en la concepción del fenómeno lingüístico. En efecto, el estructuralismo basó buena parte de su trabajo en la dicotomía saussureana *lengua-habla*. Con todo, los estructuralistas, en su afán de caracterizar descriptivamente la lengua como un sistema de signos, se dedicaron a elaborar una lingüística de la lengua. Poco, o casi nada, sobre la lingüística del habla.

De la misma manera, la corriente transformacionalista centró su enfoque en la dualidad *competencia-actuación*. Y tal como aconteció con el modelo precedente, dedicó la mayor parte de su esfuerzo a la presentación de una lingüística de la competencia (en términos de Chomsky, una gramática ha de caracterizar formalmente la competencia lingüística de un hablante oyente ideal). La lingüística de la actuación nunca se desarrolló. Incluso, el pensador de Pensilvania afirmó categóricamente que la psicología cognoscitiva ha de ocuparse de la actuación, dado que los errores cometidos por los usuarios de una lengua obedecen a desórdenes de tipo síquico ajenos en todo momento a una teoría de la competencia.

Las dos dicotomías — y es otra forma de decirlo — carecieron siempre de un nivel intermedio que posibilitara el tránsito de una estructura a otra. Fue Coseriu el que advirtió la tajante separación y para remediarla propuso ese tercer nivel que llamó la *norma*⁶ (la pragmática en la textolingüística, cumplirá más adelante esa función).

La teoría del texto, en sus albores, presentó la misma deficiencia. Comenzó a trabajar una lingüística del texto y poco, o casi nada, sobre la lingüística del discurso (realización individual del texto).

⁶ E. COSERIU, *Sistema, norma y habla*, en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1973, págs. 11-113.

Con el transcurrir del tiempo, sin embargo, se advirtió oportunamente el error, se corrigió el rumbo, y la pragmática y la sociolingüística establecieron el puente entre el nivel textual y el nivel discursivo. Sostienen las dos disciplinas que el andamiaje de cualquier gramática no ha de cimentarse sobre meras intuiciones muchas veces ideales, sino en hechos y observaciones que demuestren clarivamente el uso verdadero y real de una lengua, manifestada en última instancia por los actos de habla — unidades comunicativas mínimas — que han de reflejar el modo como el hablante hace uso de su lengua.

5. **Conviene señalar ahora** que la lingüística del texto descansa sobre un trípode sobre el cual se asienta buena parte de su investigación. El primero de sus ramales es la pragmática que se ocupa de los actos de habla individuales estudiándolos en todo su contexto comunicativo. Dos anglosajones — J. L. Austin y J. Searle —⁷ habían llamado la atención sobre la necesidad de estudiar la lengua en las locuciones cotidianas de los hablantes de una determinada comunidad. Las unidades mínimas (actos de habla) no son sólo manifestaciones de una actividad lingüística sino que pueden ser significativamente diferentes según el contexto en el cual se emitan. En el acto de habla se distinguen — previo un modelo comunicativo — el acto proposicional, el ilocucionario y el perlocucionario. Así, por ejemplo, el acto de habla *cierra la puerta* proposicionalmente conlleva toda la información semántica: hay una puerta, la puerta está abierta y alguien tiene que cerrarla. El acto ilocucionario alude a la acción del remitente al proferir esa expresión. El perlocucionario, por último, es el acto que se realiza como resultado de lo que dice la proposición. Los dos primeros actos están bajo el control del remitente. El perlocucionario, en cuanto pretende cambiar de algún modo la conducta del destinatario ("hablar un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta (altamente compleja) gobernada por reglas"⁸) no es potestativo del remitente, ni está bajo su dominio. Es impredecible (no se sabe *a priori* la respuesta del destinatario).

La pragmática, en cuanto actividad lingüística, presupone una adecuada teoría de la acción que había sido ya bosquejada por Aristóteles según el lingüista germano Harald Weinrich⁹ y olvidada durante muchos decenios. En esta centuria, sin embargo, ha habido intentos muy serios para caracterizarla suficientemente como pueden atestiguarlo los trabajos de L. Tesnière y Ch. Fillmore.

El holandés van Dijk en su libro *Texto y contexto*¹⁰ es el primero en ocuparse de ella de una manera clara y objetiva, en su interesante

⁷ J. L. AUSTIN, *How to do things with words*, Oxford, 1962. J. SEARLE, *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1980.

⁸ *Ibidem*, pág. 22.

⁹ H. WEINRICH, *Lenguaje en textos*, Madrid, Grélos, 1981, págs. 23-24.

¹⁰ TEUN VAN DIJK, *Texto y contexto*, Madrid, Cátedra, 1980, págs. 241-266.

capítulo donde coloca los fundamentos esenciales de la teoría recurriendo para ello a la división entre suceso, acción y proceso para continuar posteriormente con las nociones de actividad y acto.

Fija luego las características mentales de la acción y concluye brillantemente con la lógica de la acción y la interacción.

Los actos de habla, conjuntamente con la teoría de la acción, son ayudas valiosas para un cabal entendimiento del análisis del discurso, que precisa, además, de la semántica intensional y extensional. El discurso se define, *grosso modo*, como el uso de la oración, es decir, la manera como se coloca en el uso comunicativo al realizar acciones del texto.

Todo lo anterior, consecuentemente, permite al texto constituirse en unidad de análisis. Una amplia y suficiente tipología del texto, finalmente, permite ubicarlo dentro de una categoría particular — textos sociales literarios, teológicos, etc. — susceptible de las mismas formas de análisis que pretenden caracterizarlos.

6. Habiendo tratado de exponer los lineamientos que se consideran básicos dentro de la lingüística textual, conviene señalar un par de observaciones en relación con su situación actual en los comienzos de la década de los ochentas.

La primera guarda relación con la integración de todos los elementos que han de componer una teoría sólida y suficientemente estructurada: aún hoy, y ello es reconocido por los mismos cultivadores de la teoría, la lingüística del texto carece todavía de una suficiente coherencia que permita abarcarla como un todo armónico y homogéneo. Ciertamente es que se han logrado avances muy grandes en algunos aspectos de la nueva perspectiva — semántica intensional y extensional, actos de habla, coherencia y cohesión, conectivos, isotopías semánticas, para citar sólo algunos de ellos —, pero todavía no se logra totalmente ni el análisis ni la síntesis del texto como unidad integradora.

La segunda observación atañe a los diferentes modelos que existen en la textolingüística. A grandes rasgos, hay una cierta unanimidad en señalar que los de Petöfi, van Dijk, Isenberg, Martem'janov y los ofrecidos por la gramática sistemática-funcional y la tagmémica constituyen, en principio, los más importantes. Con todo, a excepción quizá del modelo de van Dijk, los demás han sido desarrollados en un nivel eminentemente teórico. Los mismos autores, hasta ahora, los han bosquejado con suficiencia pero no han mostrado cómo pueden aplicarse, fehacientemente, en el análisis de cualquier texto, sea escrito u oral. Tal, por ejemplo, el TESWEST del húngaro Janos Petöfi.

JAIME BERNAL LEONGÓMEZ

Instituto Caro y Cuervo.